



SEÑOR GONZALEZ

MUY señor mío: ³⁰
En primer lugar debo decirle que ni personal ni políticamente me debe usted la más mínima atención. Yo no le voté; usted está en el Congreso por decisión personal, libre, secreta y, en alto porcentaje, ingenua de otros españoles que, en buena parte, entre dos fotografías prometedoras eligieron la suya; entre las imágenes de dos abogados —uno vestido por un sastre modoso y otro que se compra la ropa en las «boutiques» juveniles, informales y «unisex»— eligieron la del muchacho informal en lugar de la del circunspecto, y esa elección lo coloca a usted al frente de la Oposición Parlamentaria.
Por eso le escribo. Porque la Oposición es usted con sus diputados y senadores. Porque no está nada bien que este duro e ingrato trabajo de oponerse al Poder lo tengamos que hacer unos pocos ciudadanos particulares, dado que, como habrá usted observado, algunos que antes tiraban con bala, denunciando irregularidades administrativas y errores políticos, ahora están muy entusiasmados con lo que se hace —que lo hacen ellos—; y si alguna vez sacan la ira crítica a relucir es para continuar en la matraque temática de los cuarenta años y poner como hoja de papel a Carrero, a Sánchez Bella, a Girón, a Solís, a Fernández de la Mora o a Franco. Parece como si no se hubiesen dado cuenta de que, por culpa de la aceleración histórica, todo aquello queda política y económicamente lejísimo y que el actual Gobierno dedica esfuerzos muy meritorios a la sacrificada tarea de crear ira en los gobernados. Usted está obligado a ser el tambor de esa ira, su resonador implacable. Tenga en cuenta que el señor González Seara se ha pasado, armado de tenedor y cuchillo, al pastel, con lo cual se ha perdido para la Oposición uno de los más descomedidos cerebros creadores de curare desinformativo antigubernamental que ha funcionado en España —¿puedo decir España?— en los últimos años.

YO me quedo de una pieza cuando leo lo que hacen usted y los suyos en el Parlamento. Señor González: le aseguro —y hasta se lo prometo por mi conciencia y mi honor— que si yo tuviese detrás las casi

docenas de disciplinados diputados que usted tiene y los padrinos europeos que tan fácil le han puesto su camino de rosas hacia el liderazgo, el Gobierno Suárez estaría hoy comportándose con más sensatez y, sobre todo, con más austeridad.

No tiene usted derecho a hacerse el ciego y el sordo. El Gobierno está cometiendo abusos de Poder delante de sus narices; y no me refiero a abusos de autoridad —que no la hay, y ahí sí parece que se sienten ustedes muy celosos en cuanto la Policía detiene a un terrorista laboral o separatista—: hablo de abusos económicos y despilfarros imposibles de costear y de tolerar en silencio. Su obligación es oponerse, negarse a admitirlo, llamar al Gobierno, sentarlo por las buenas o por las malas —es decir, por la vía de reglamento o por el indudable peso de su representatividad— en el banco azul y ponerlo a caer de un burro. Decirle que menos cargos, menos despachos, menos regalos políticos, menos ministros y menos bromas con las cosas de comer. Esto, y no fingir oposición forzando demencias plenas para hinchar perros contra la Policía Armada —aunque luego lo niegue en un discurso deshuesado y artificioso— o para cumplir consignas argelinas diciendo que declaramos la guerra a Marruecos.

No crea que me preocupa ni me molesta lo que cobren o vayan a cobrar cada uno de los hombres del presidente; eso no es dinero y con su pan se lo comen. Lo que me pone los pelos de punta es el hecho de que cada uno de esos cargos genera un presupuesto de cientos de millones para sostener solamente su aparato burocrático y de miles de millones —si les dejan— para manufacturar su prestigio político.

LEO las intervenciones de sus hombres frente al ministro de Hacienda y me sonrojo. Se quedan en el torero de salón, el latiguillo demagógico-científico, el matiz, el retintín y la pijadita, cuando sólo hay una cosa que decir; esto:

«Háganos la merced de informar a su Gobierno, señor Fernández Ordóñez de nuestro escándalo: ese plan no es un plan; es un bando, es un ejemplo de libro, un problemita de aritmética elemental: no tiene discusión,

como no tiene discusión que dos y dos ser cuatro. Se podía usted haber ahorrado el discurso. Lo malo de ese plan es que pide sacrificios a los obreros, sacrificios a la clase media y sacrificios a los ricos. Pero los pide un Gobierno inmoderado en el gasto; un Gobierno formado por demasiados ministros y que ha multiplicado impudicamente la cabezota burocrática; un Gobierno que parecía dispuesto a subírnos el sueldo a los diputados en un 182,5 por 100 de una tacada; un Gobierno que inventa Ministerios sublimineros, gomosos y atípicos, y Consejerías de coste inaceptable, y funciones de política de partido disfrazadas de actividad administrativa; un Gobierno que pretende contener la inflación y sube el precio de la gasolina proporcionando una sobreaceleración de apaga y vámonos, de castañazo mortal, de «crack» con rebaba, a la más activa de las desencadenantes inflacionarias.»

Su obligación es decirle al ministro de Hacienda que ni los ricos, ni la clase media ni, mucho menos, los obreros —que son la «O» del partido, su fundamento e imagen, no su pretexto y su máscara— van a responder con solidaridad ni con resignación ni con nada a petición tan matemáticamente razonable, simplemente porque el Gobierno carece de fuerza moral y de credibilidad política y administrativa para pedir sacrificios económicos a nadie. A no ser que usted se ponga en su sitio, abra la caja de los truenos y exija austeridad.

Usted dirá —no a mí: yo no existo; para usted ni siquiera existe el profesor Tierno— que no vale la pena oponerse porque el Gobierno tiene más votos y, en el improbable caso de que sus actos de estructuración administrativa pudieran ser sometidos a votación, los sacaría adelante por mayoría dentro siempre del más exquisito juego democrático.

PERO usted no puede hacer eso. Ignoro cuántos obreros tiene en sus filas, pero sé con toda certeza que economistas, ingenieros, profesores y letrados los tiene usted a barullo. Y le aseguro que si pone al Gobierno contra las cuerdas leyéndole unos cálculos sencillos realizados por un buen equipo de expertos elegidos entre los que acabo de enumerar, esto se arregla: van a la calle unos cuantos y los ricos, los pobres y los de siempre —que no son ni los ricos ni los pobres; aquí el pato lo ha pagado siempre la clase media— estarían dispuestos al duro camino de la solidaridad en el ayuno.

Su deber consiste en ejercer la oposición, en oponerse hasta desgastarse, en ayudar a España que la ha votado para eso, para que la defienda; en ayudarla, aunque sea ayudando dura y lealmente el Gobierno llamándolo al orden y —si antes se carga de razón y no de invenciones— obligándolo a dimitir.

Su deber, señor González, es ser duro y hasta descomedido, si es necesario; por ejemplo, cuando nada menos que un ministro —el señor Camuñas, hoy astutamente autodesorbitado— iba a llevarle un *mandao* del presidente, su deber era, y es, pegarle un revolcón; su deber era, y es, decirle que para eso no hace falta un ministro y menos un Ministerio; su deber era, y es, pasárselo a cualquiera de sus secretarías:

—Margarita, atiende al señor Camuñas, toma nota y luego lo cuentas. Y dale cinco dureses para un *helao*.

Pero usted ha preferido sentarse y esperar como un árabe macareno. Esperar, en este caso, a que el ministrueño revoltosillo finja una rabieta y abandone el barco Suárez en espera de nave más segura y camarote más moderno; esperar que el presidente y sus hombres se quemen por sí mismos. Aunque se hunda España.

Eso no es hacer oposición, eso es cazar. Algo que, como se descuida, le va a suceder a usted en el propio P. S. O. E., en el que un número dos cataclísmico y pirotécnico se está haciendo la imagen de líder verdadero y alzándose con el amor de sus ardorosos cachorros tricolores.

Angel PALOMINO